

FRAGMENTOS REFERENTES AL NUEVO MÉXICO,
TOMADOS DEL LIBRO
« HISTORIA DE LAS COSAS MAS NOTABLES, RITOS Y COSTUMBRES
DEL GRAN REYNO DE LA CHINA,
HECHA Y ORDENADA POR EL MUY REUERENDO P. M.
FR. IUAN GONZALEZ DE MENDOZA,
DE LA ORDEN DE SAN AGUSTIN, ETC. »
CON PRIVILEGIO.
IMPRESA EN MADRID,
EN CASA DE QUERINO GERARDO FLAMENCO,
AÑO DE 1586.

CAPÍTULO VII.

Del Nuevo México y de su descubrimiento, y lo que de él se sabe.

Ya dije en el dicho capítulo que el año de mil y quinientos y ochenta y tres, se habían descubierto quince provincias, á quien los inventores llamaron el Nuevo México en la tierra firme de Nueva España, y prometí de dar noticia del descubrimiento, como lo haré, con la mayor brevedad que sea posible: porque si hubiera de poner difusamente todo lo que vieron y supieron, fuera menester hacer de ello nueva historia. La substancia de ello es: que el año de mil y quinientos y ochenta y uno, teniendo noticia un Religioso de la Orden de San Francisco, que se llamaba Fr. Agustín Ruiz, que moraba en el valle de San Bartolomé, por relación de ciertos indios Conchos que se comunicaban con otros sus convecinos, llamados Pasahuates, que hacia la parte del Norte (caminando siempre por tierra) había ciertas poblaciones grandes, y nunca sabidas de nuestros españoles, ni descubiertas: con celo de caridad y de salvación de las almas pidió licencia al Conde de Coruña, Virrey de la dicha Nueva España, y á sus mayores, para ir á ellas á procurar aprender su lengua, y sabida, bautizarlos y predicarles el Santo Evangelio. Alcanzada la licencia de los sobredichos, tomando otros dos compañeros de su misma Orden se partió con ocho soldados, que de voluntad le quisieron acompañar, á poner en ejecución su cristiano y celoso intento. Los cuales á pocos días de camino toparon con una provincia, que se llamaba de los Tihuas, distante de las minas de Santa

Nuevo México.

Barbora (de donde comenzaron la jornada), doscientas y cincuenta leguas hacia el Norte, en la cual, por cierta ocasión, los naturales le mataron al dicho Padre uno de sus dos compañeros. El cual, y los soldados que iban con él, viendo y sintiendo el suceso, y temiendo que de él se podría seguir otro mayor daño, acordaron de común consentimiento de volverse á las minas de donde habían salido, con consideración de que la gente que iba era muy poca para resistir á los sucesos que se podían ofrecer en tanta distancia de la vivienda de los españoles, y tan lejos del necesario socorro. Los dos Religiosos que habían quedado no sólo no vinieron en su parecer, mas antes viendo la ocasión para poner en ejecución su buen deseo y tanta mies madura para la mesa de Dios, viendo que no podían persuadir á los soldados á pasar adelante en el descubrimiento, se quedaron ellos en la dicha provincia con tres muchachos indios y un mestizo que habían llevado consigo, pareciéndoles que aunque quedasen solos estaban allí seguros, por la afabilidad y amor con que los naturales de ellas los trataban. Llegados los ocho soldados adonde deseaban, enviaron luego la nueva al dicho Virrey de lo sucedido, á la ciudad de México que dista de las dichas minas de Santa Barbora ciento y sesenta leguas. Sintieron mucho los Religiosos de San Francisco la quedada de sus hermanos, y temiendo no los matasen viéndolos solos, comenzaron á mover los ánimos de algunos soldados para que en compañía de otro Religioso de la misma Orden, llamado Fr. Bernardino Beltrán, tornasen á la dicha provincia á sacar de peligro á los dichos dos Religiosos, y proseguir con la empresa comenzada.

En esta sazón estaba en las dichas minas por cierta ocasión un vecino de la ciudad de México, llamado Antonio de Espejo, hombre rico y de mucho ánimo é industria, y celoso del servicio de la Majestad del Rey Don Felipe Nuestro Señor, natural de Córdoba. El cual, como entendiase el deseo de los dichos Religiosos y la importancia del negocio, se ofreció á la jornada y á gastar en ella parte de su hacienda y arriesgar su vida, siéndole para ello concedida licencia de alguna persona que representase á Su Majestad, la cual procurándola los dichos

Religiosos, le fué dada por el capitán Juan de Ontiveros, Alcalde Mayor por Su Majestad en los pueblos que llaman las Cuatro Ciénegas, que son en la gobernación de la Nueva Vizcaya, setenta leguas de las dichas minas de Santa Barbora, así para que él pudiese ir, como para que juntase la gente y soldados que pudiese para que le acompañasen y ayudasen á conseguir su cristiano intento.

El dicho Antonio de Espejo tomó el negocio con tantas veras, que en muy pocos días juntó los soldados y bastimentos necesarios para hacer la jornada, gastando en ello buena parte de su hacienda, y partió con todos ellos del valle de San Bartolomé, á diez de Noviembre de mil y quinientos y ochenta y dos, llevando para lo que se ofreciese ciento y quince caballos y mulas, y muchas armas, municiones y bastimentos, y alguna gente de servicio.

Enderezó su camino hacia el Norte, y á dos jornadas topó mucha cantidad de indios de los que llaman Conchos, en rancherías ó poblaciones de casas pajizas, los cuales, como lo supiesen y tuviesen de ellos relación muy de atrás, los salieron á recibir con muestras de alegría. La comida de éstos y de los demás de la provincia, que es grande, se sustentan de carne de conejos, liebres y venados que matan, y lo hay todo en grandísima cantidad. Tienen mucho maíz, que es el trigo de las Indias, calabazas y melones buenos, y en abundancia: hay muchos ríos que crían mucha cantidad de pescado muy bueno, y de diversas suertes; andan casi todos desnudos, y las armas que usan son arco y flecha, y viven debajo de gobierno y señorío de Caciques, como los mexicanos, y no les hallaron ídolos ni pudieron entender que adorasen á nadie, por lo cual fácilmente consintieron en que les pusiesen los cristianos cruces, y quedaron muy contentos con ellas, después de haber sido informados de los nuestros de la significación de ellas, que se hizo por intérpretes que llevaban, por cuyo medio supieron de otras poblaciones para donde los dichos Conchos los guiaron, acompañándolos más de veinticuatro leguas, que todas estaban pobladas de gente de su nación y los salían á recibir de paz, por aviso que enviaban los Caciques de unos pueblos á otros.

Andadas las veinticuatro leguas dichas, toparon otra nación de indios llamados Pasahuates, los cuales vivían al modo que los ya dichos Conchos sus convecinos, é hicieron con ellos lo propio, guiándolos adelante otras cuatro jornadas, con los avisos de los Caciques, de la manera ya dicha: hallaron los nuestros en este camino muchas minas de plata, al parecer de los que lo entendían, de mucho y muy rico metal. A una jornada de éstas toparon otra nación llamada los Tobosos, los cuales en viendo el rastro de los nuestros, se huyeron á las sierras dejando sus casas y pueblos desiertos. Súpose después que algunos años antes habían acudido por allí ciertos soldados, que iban en busca de minas y habían llevado cautivos á ciertos naturales, lo cual tenía temerosos y abispados á los demás. El capitán dió orden cómo los fuesen á llamar, asegurándoles de que no les sería hecho ningún mal, y dióse tan buena maña, que hizo venir á muchos, á quienes regaló y dió dones, acariciándolos y declarándoles por el intérprete, que no iban á hacer mal á nadie, con lo cual se volvieron todos á sosegar, y consintieron les pusiesen cruces y declarasen el misterio de ellas, mostrando recibir de ello gran contentamiento, en cuya demostración los fueron acompañando como lo habían hecho sus vecinos, hasta que los metieron en tierra poblada de otra nación diferente, que distaba de la suya cosa de doce leguas: usan arco y flecha, y andan desnudos.

CAPÍTULO VIII.

Prosigue el descubrimiento del Nuevo México.

La nación hasta donde los dichos Tobosos los guiaron se llamaba Jumanos, á quien por otro nombre llaman los españoles Patarabueyes: tienen una provincia grande y de muchos pueblos, con mucha gente, y las casas eran con azoteas y de cal y canto, y los pueblos trazados por buen orden; tienen todos

los hombres y mujeres los rostros rayados, y los brazos y piernas; es gente corpulenta y de más policía que los que hasta allí había visto, y tenían muchos mantenimientos y mucha caza de pie y de vuelo, y gran cantidad de pescado á causa de tener grandes ríos que vienen de hacia el Norte, y alguno tan grande como Guadalquivir, el cual entra en la propia mar del Norte. Tiene muchas lagunas de agua salada que se cuaja cierto tiempo del año, y se hace muy buena sal. Es gente belicosa, y mostráronlo luego: porque la primera noche que los nuestros asentaron real, los flecharon, y mataron cinco caballos, hiriendo muy mal otros tantos; y no dejaron ninguno á vida sino por las guardas que los defendieron. Hecho este mal recado despoblaron el lugar y se subieron á una sierra que estaba cerca, adonde fué luego por la mañana el capitán con otros cinco soldados bien armados, con un intérprete llamado Pedro, indio de su misma nación, y con buenas razones los quietó y dejó de paz, haciéndolos bajar á su pueblo y casas, y persuadiéndolos á que diesen aviso á sus vecinos de que no eran hombres que hacían mal á nadie ni les iban á tomar sus haciendas; que alcanzó facilmente con su prudencia y con darles á los Caciques algunas sartas de cuentas de vidrio que llevaba para este efecto, y sombreros y otras niñerías: con esto, y con el buen tratamiento que les hacían, se fueron muchos de ellos en compañía de los nuestros algunos días, caminando siempre por la ribera del Río Grande arriba dicho, por toda la cual había muchos pueblos de indios de esta nación, que duraron por espacio de doce jornadas, en todas las cuales, avisados los unos Caciques de los otros, salían á recibir á los nuestros sin arcos ni flechas, y les traían muchos mantenimientos y otros regalos y dádivas, en especial cueros y camuzas muy bien aderezadas, y que no les excedían en esto las de Flandes. Es gente toda vestida, y hallaron que tenían alguna lumbre de nuestra Santa Fe, porque señalaban á Dios mirando al cielo, y le llamaban en su lengua Apalito, y le conocen por Señor, de cuya larga mano y misericordia confiesan haber recibido la vida y el ser natural, y los bienes temporales. Venían muchos de ellos, y las mujeres y niños, á que el Religioso que dijimos iba con

el dicho capitán y soldados, los santiguase y echase la bendición, el cual, como les preguntase de quién habían entendido aquel conocimiento de Dios que tenían, respondieron que de tres cristianos y un negro que habían pasado por allí y deteniéndose algunos días en su tierra, que según las señas que dieron, eran Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y Dorantes, y Castillo Maldonado, y un negro, que todos ellos habían escapado de la armada con que entró Pánfilo de Narvaez en la Florida, y después de haber sido muchos días esclavos vinieron á dar á estos pueblos, haciendo Dios por medio de ellos muchos milagros y sanando con el tocamiento sólo de sus manos muchos enfermos, por lo cual dejaron gran nombre en toda aquella tierra. Toda esta provincia quedó de paz y muy sosegada, en cuya demostración fueron acompañando y sirviendo á los nuestros algunos días por la orilla del río que dijimos arriba.

A pocos días toparon con una gran población de indios, adonde los salieron á recibir por nueva que tuvieron de sus vecinos, y les sacaron muchas cosas muy curiosas de pluma, de diferentes colores, y muchas mantas de algodón barretadas de azul y blanco, como las que traen de la China, para rescatarlas y trocarlas por otras cosas. Iban todos, así hombres como mujeres y niños, vestidos de camuzas muy buenas y bien adobadas, y nunca pudieron los nuestros entender qué nación era por falta de intérprete que entendiese su lengua, aunque por señas trataban con ellos: á los cuales como les mostrasen algunas piezas de metal rico y les preguntasen si había de aquello en su tierra, respondieron por las mismas señas que cinco días de camino de allí hacia el Poniente había de aquello en muy gran cantidad, y que ellos los guiarían para allá y se lo mostrarían, como lo cumplieron después, acompañándolos por espacio de veintidos leguas, todas pobladas de gente de su misma nación, á quien inmediatamente se seguía por el mismo río arriba otra de mucha más gente que la de la pasada, de quien fueron bien recibidos y regalados con muchos presentes, especialmente de pescado, que había infinito, á causa de unas lagunas grandes que cerca de allí había, que lo crían en la abundancia dicha.

Estuvieron entre éstos tres días, en los cuales de día y de noche les hicieron muchos bailes á su modo, con particular significación de alegría. No se supo cómo se llamaba esta nación por falta de intérprete, aunque entendieron se extendía mucho, y que era muy grande. Entre éstos hallaron un indio Concho de nación, que les dijo y señaló que quince jornadas de allí hacia el Poniente había una laguna muy ancha, y cerca de ella muy grandes pueblos, y casas de tres y cuatro altos, y la gente bien vestida, y la tierra de muchos bastimentos, el cual se ofreció de llevarlos allá, y holgaran los nuestros de ello, y sólo lo dejaron de poner en efecto por proseguir el intento con que habían comenzado la jornada, que era ir al Norte á dar socorro á los Religiosos arriba dichos.

En esta provincia lo que particularmente notaron fué, que había muy buen temple y muy ricas tierras, y mucha caza de pie y vuelo, y muchos metales ricos, y otras cosas particulares y de provecho.

De esta provincia fueron siguiendo su derrota por espacio de quince días, sin topar en todos ellos ninguna gente, por entre grandes pinales de piñas y piñones como los de Castilla, al cabo de los cuales, habiendo caminado á su parecer ochenta leguas, toparon una pequeña ranchería ó pueblo de poca gente, y en sus casas, que eran pobres y de paja, gran cantidad de cueros de venados, tan bien aderezados como los de Flandes, y mucha sal blanca y muy buena. Hiciéronles muy buen hospedaje dos días que allí estuvieron, después de los cuales los acompañaron como doce leguas á unas poblaciones grandes, caminando siempre por el río del Norte ya dicho, hasta llegar á la tierra que llaman el Nuevo México. Estaba toda la ribera del dicho río llena de grandísimas alamedas de álamos blancos, y en partes tomaban cuatro leguas de ancho, y asimismo de muchos nogales y parrales como los de Castilla. Habiendo caminado dos días por estas alamedas y noguerales, toparon diez pueblos que estaban asentados en las riberas del dicho río, por ambas partes, sin otros que se mostraban más desviados, en los cuales les pareció había mucha gente, y la que ellos vieron pasaban en número de diez mil ánimas. En esta provincia

los regalaron mucho con recibimientos y con llevarlos á sus pueblos, donde les daban mucha comida, y gallinas de la tierra, y otras cosas, y todo con gran voluntad. Aquí hallaron casas de cuatro altos y bien edificadas, y con galanos aposentos, y en las más de ellas había estufas para tiempo de invierno. Andaban vestidos de algodón y de cuero de venado, y el traje, así de los hombres como de las mujeres, es al modo del de los indios del reyno de México; y lo que les causó más estrañeza, fué ver que todos ellos y ellas andaban calzados con zapatos y botas de buen cuero con suelas de vaca, cosa que hasta allí nunca la habían visto. Las mujeres traían el cabello muy peinado y compuesto, y sin cosa sobre la cabeza. En todos estos pueblos había Caciques que los gobernaban, como entre los indios mexicanos, con alguaciles para ejecutar sus mandamientos, los cuales van por el pueblo diciendo á voces la voluntad de los Caciques, y que la pongan por obra. En esta provincia hallaron los nuestros muchos ídolos que adoraban, y en especial que tenían en cada casa un templo para el demonio, donde le llevaban de ordinario de comer; y otra cosa: que de la manera que entre los cristianos tenemos en los caminos cruces, así tienen ellos unas como capillas altas, donde dicen descansa y se recrea el demonio cuando va de un pueblo á otro, las cuales están muy adornadas y pintadas. En todas las sembradas ó labranzas, que las tienen muy grandes, tienen á un lado de ellas un portal con cuatro pilares donde comen los trabajadores y pasan la siesta, porque es la gente muy dada á la labor y están de ordinario en ella: es tierra de muchos montes y pinales. Las armas que usan son arcos muy fuertes, y flechas con las puntas de pedernal, con que pasan una cota, y macanas, que son unos palos de media vara de largo y llenos todos de pedernales agudos, que bastan á partir por medio á un hombre, y asimismo unas como adargas de cuero de vaca crudo.

CAPÍTULO IX.

Prosiguese del Nuevo México, y de las cosas que en él se vieron.

Después de haber estado en esta provincia cuatro días, á poca distancia toparon con otra que se llamaba la provincia de los Tihuas, en la cual había diez y seis pueblos: en el uno de los cuales, llamado por nombre Poala, hallaron que habían muerto los indios á los dichos dos Padres Fr. Francisco López y Fr. Agustín, á quien iban á buscar, y juntamente á tres muchachos y un mestizo. Cuando los de este pueblo y sus vecinos vieron á los nuestros, remordiéndoles la propia conciencia y temiéndose de que iban á castigarlos y tomar venganza de las muertes de los dichos Padres, no los osaron esperar, antes dejando sus casas desiertas se subieron á las sierras más cercanas, de donde nunca los pudieron hacer bajar, aunque lo procuraron con halagos y mañas. Hallaron en los pueblos y casas muchos mantenimientos y gran infinidad de gallinas de la tierra, y muchas suertes de metales, y algunos que parecían muy buenos. No se pudo entender claramente qué tanta gente fuese la de esta provincia, por causa de haberse (como ya dije) subido á la sierra.

Habiendo hallado muertos á los que buscaban, entraron en consulta sobre si se volverían á la Nueva Vizcaya, de donde habían salido, ó pasarían adelante, en lo cual hubo diversos pareceres; pero como allí entendiesen que á la parte de Oriente de aquella provincia y muy distante de allí había grandes pueblos y ricos, hallándose allí tan cerca, acordó el dicho capitán Antonio de Espejo, de consentimiento del Religioso ya dicho, llamado Fr. Bernardino Beltrán, y de la mayor parte de sus soldados y compañeros, de proseguir con el descubrimiento hasta ver en qué paraua, para poder dar de ello noticia cierta y clara á Su Majestad, como testigos de vista, y así conformes determinaron que quedándose allí el Real, fuesen el capitán